

# Índice de contenido

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo coordinador antología](#)

[El abuelo automático Antonio Sancho Villar](#)

[Relato](#)

[El latido de Londrum Cristina Carou](#)

[Relato](#)

[La llamada Dioni Arroyo](#)

[Relato](#)

[Kalí de Sangre Giny Valrís](#)

[Relato](#)

[La noche blanca Javier Solé González](#)

[Relato](#)

[La tienda de recuerdos Laura López Alfranca](#)

[Relato](#)

[Opio María Angulo Ardoy](#)

[Relato](#)

[La noche de los cien mil y un Jacks Miguel Matesanz](#)

[Relato](#)

[Escrito en las estrellas Miriam Álvarez Elvira](#)

[Relato](#)

[La respuesta Pedro Moscatel](#)

[Relato](#)

[Primun non nocere Rafael Verdejo Román](#)

[Relato](#)

[El soldado isabelino Sheila Moreno Griñón](#)

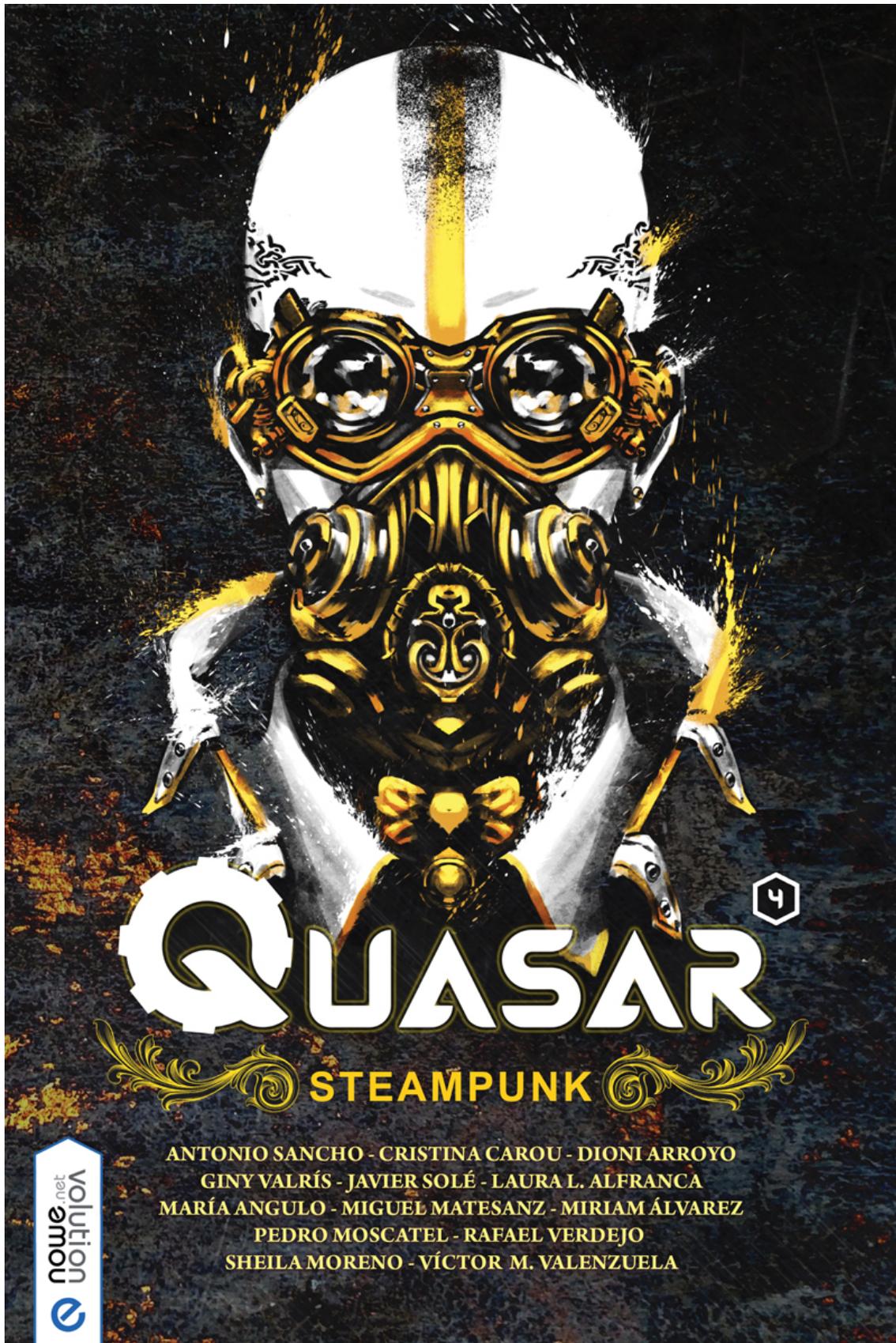
[Relato](#)

[Turbinia Víctor M. Valenzuela](#)

[Relato](#)

[Agradecimientos](#)

[Más nowevolution](#)

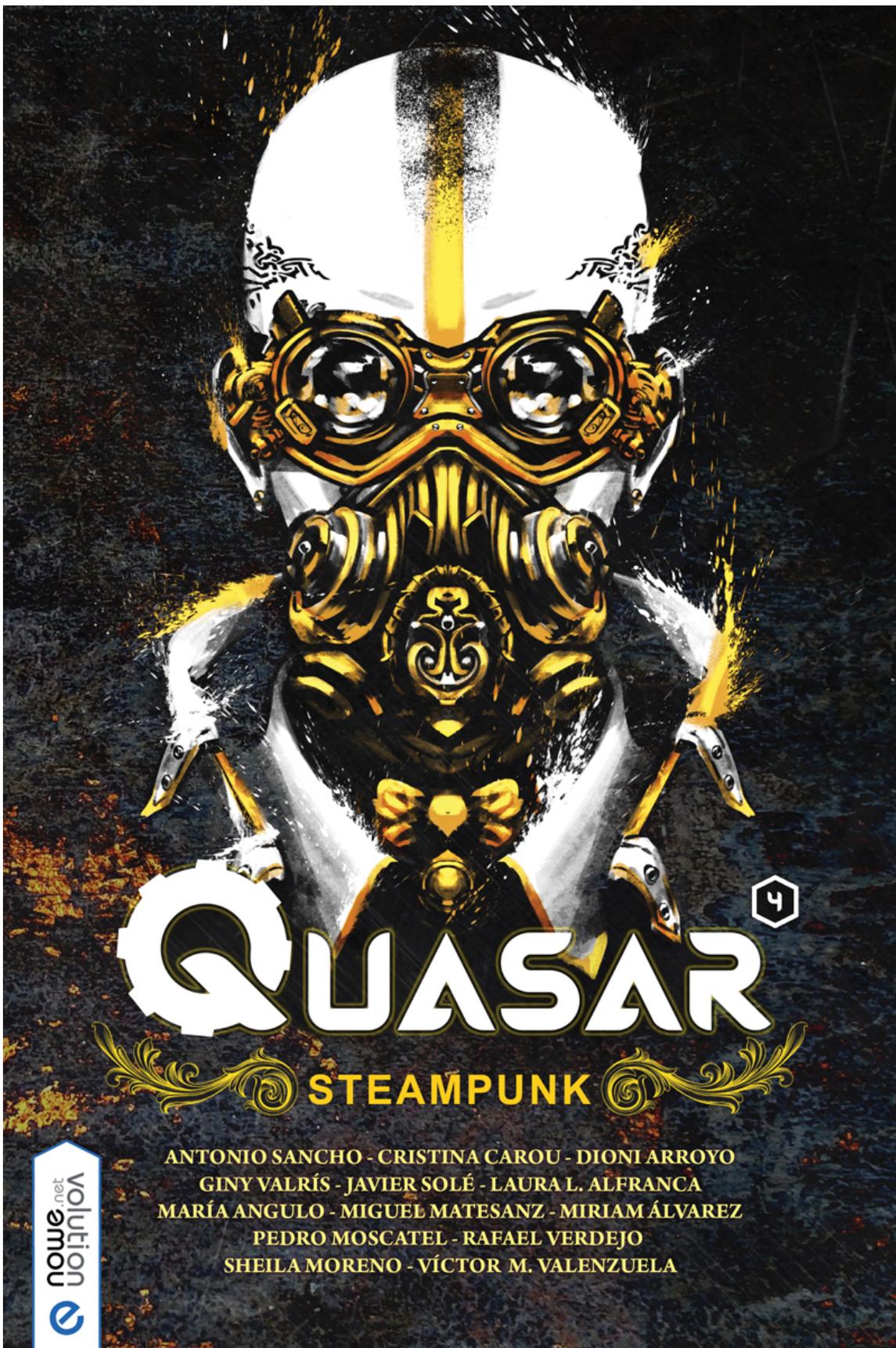


# QUASAR

4

## STEAMPUNK

ANTONIO SANCHO - CRISTINA CAROU - DIONI ARROYO  
GINY VALRÍS - JAVIER SOLÉ - LAURA L. ALFRANCA  
MARÍA ANGULO - MIGUEL MATESANZ - MIRIAM ÁLVAREZ  
PEDRO MOSCATEL - RAFAEL VERDEJO  
SHEILA MORENO - VÍCTOR M. VALENZUELA



# QUASAR

STEAMPUNK

ANTONIO SANCHO - CRISTINA CAROU - DIONI ARROYO  
GINY VALRÍS - JAVIER SOLÉ - LAURA L. ALFRANCA  
MARÍA ANGULO - MIGUEL MATE SANZ - MIRIAM ÁLVAREZ  
PEDRO MOSCATEL - RAFAEL VERDEJO  
SHEILA MORENO - VÍCTOR M. VALENZUELA

evolunon  
nowe.net





# QUASAR<sup>®</sup>

## STEAMPUNK

ANTONIO SANCHO - CRISTINA CAROU - DIONI ARROYO  
GINY VALRÍS - JAVIER SOLÉ - LAURA L. ALFRANCA  
MARÍA ANGULO - MIGUEL MATESANZ - MIRIAM ÁLVAREZ  
PEDRO MOSCATI - RAFAEL VERDEJO  
SHELLA MORENO - VÍCTOR M. VALENZUELA



**.nowevolution.**  
EDITORIAL

Título: **Quasar 4, steampunk.**

© 2021 **VV.AA**

© Ilustración de portada: **Warm Tail**

© Diseño Gráfico: **Nouty**

Colección: **Volution**

Director de colección y antología: **JJ. Weber**

Coordinador antología: **Víctor M. Valenzuela**

Relatos y autores:

*El abuelo automático* Antonio Sancho Villar.

*El latido de Londrum* Cristina Carou.

*La llamada* Dioni Arroyo.

*Kalí de Sangre* Giny Valrís.

*La noche blanca* Javier Solé González.

*La tienda de recuerdos* Laura López Alfranca.

*Opio* María Angulo Ardoy.

*La noche de los cien mil y un Jacks* Miguel Matesanz.

*Escrito en las estrellas* Miriam Álvarez Elvira.

*La respuesta* Pedro Moscatel.

*Primun non nocere* Rafael Verdejo Román.

*El soldado isabelino* Sheila Moreno Griñón.

*Turbinia* Víctor M. Valenzuela.

Primera edición julio 2021

Derechos exclusivos de la edición.

©nowevolution 2021

**ISBN: 978-84-16936-63-2**

**Edición digital agosto 2021**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

conlicencia.com - 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

**Más información:**

nowevolution.net / **Web**

info@nowevolution.net / **Correo**

@nowevolution / **Twitter**

nowevolutioned / **Instagram**

nowevolutioned / **Facebook**



*Para todos aquellos que imaginan un tiempo mejor.*

# Prólogo

Bienvenidos al pasado. En Nowevolution hemos apostado con la serie de Quasar para traerles una selección de relatos de ciencia ficción. Se han publicado relatos de todo tipo: ciencia ficción dura, distopía, exploración espacial, crítica social. Prácticamente se han incluido narraciones de casi todos los subgéneros de la ciencia ficción.

Ahora tenemos el enorme placer de editar un monográfico de *Steampunk* un género particularmente atractivo y que da margen a generar historias extremadamente interesantes. El *Steampunk* se inspira directamente de las primeras novelas de ciencia ficción editadas durante el siglo XIX con nombres tan relevantes como Mary Shelley, Julio Verne, H. G. Wells, Mark Twain y Arthur Conan Doyle entre otros.

Encontrareis relatos muy variados: algunos con una fantasía desbordante, lo que se denomina *Steampunk* en entorno fantástico, otros donde la historia arranca en un contexto histórico real y acaba derivando en una ucronía que se encuadran en el llamado *Steampunk* histórico.

Todos estos pasados posibles son vuestros, sin excepciones. Dejad volar vuestra imaginación y sentiréis el siseo de las calderas, oleréis el humo de las chimeneas, viviréis la revolución industrial en primera persona. Todo será posible, aquí y ahora.

Como en otras ocasiones, quisiéramos concluir dando la enhorabuena a los autores finalistas y especialmente expresar nuestro agradecimiento a quienes confiasteis en nosotros enviando relatos a las convocatorias.

Larga vida y prosperidad...

Víctor M. Valenzuela.



## **Antonio Sancho Villar.**

Broté de una raíz de mandrágora el 17 de marzo de 1992. Estudié Filología Inglesa y Teoría de la Literatura en Sevilla y Salamanca.

He publicado la novela corta *La noche del vacío* (Pulpture, 2017), el folletín *La puerta de Pandora* (Pulpture, 2017) que quedó finalista en los premios Ignotus 2018, y he colaborado en varias antologías de relato, como *Error 404* (Relee, 2017), y revistas como *Ulthar* y *La cabina de Nemo*.

Trabajo en publicidad como escritor freelance.

### Resumen de ***El abuelo automático***:

El cuerpo del abuelo Mendieta, veterano de las guerras carlistas, quedó destrozado en el asedio de Bilbao, y para sobrevivir tuvo que ser confinado en un aparatoso organismo mecánico. A pesar de todo, el abuelo trata de hacer una vida normal: atiende a las tertulias de los cafés, se queja amargamente del gobierno liberal y revive para su nieto las gestas pasadas de la familia Mendieta. Porque más vale honra sin cuerpo que cuerpo sin honra.

## El abuelo automático

Recuerdo al abuelo Mendieta sentado en su sillón favorito de la biblioteca, con un libro abierto en el regazo. Yo lo miraba desde la larga alfombra persa, rodeado por mis juguetes mecánicos. El abuelo se volvió hacia mí, me guiñó un ojo con esa cualidad artificiosa, como de muñeco, que se intuía en todos sus gestos. Luego introdujo sus dedos en algún punto indefinido bajo la barba y con un hábil juego de manos se arrancó la cara. Quedaron expuestas las esferas de sus ojos azules, fijos en mí, flotando en la vorágine de ruedas dentadas, giroscopios y émbolos que componían su verdadero rostro.

Mi madre decía que al abuelo todavía le quedaba algo humano en su cuerpo, pero no estaba segura de qué. Un detalle, un pedacito de carne o alma ocultos en el corazón de aquel laberinto móvil. Era cierto que el abuelo seguía mostrando todas las manías y particularidades de una mente humana. Los domingos se ponía su boina roja de veterano carlista para salir a pasear, bebía vino y café a pesar de no poder saborearlos, por pura costumbre; y hacía un gesto obsceno —no podía escupir— cada vez que la reina Isabel o el presidente Narváez aparecían de improviso en el holovisor del salón para dar un discurso a la nación a través del canal oficial. También soñaba. Algunas noches, al pasar por delante de su habitación, oía al abuelo revolverse presa de las pesadillas, intentando respirar inútilmente —no tenía pulmones— y haciendo un

sonido como de trompetín atascado. Como no podía hablar, se comunicaba con nosotros introduciendo cilindros de cera pregrabados en un reproductor instalado a la altura de su pecho, pero la limitada variedad de las frases y el movimiento de los labios de caucho, que no se correspondía con sus palabras, le hacían parecer una inquietante marioneta. Debido a estos inconvenientes, el abuelo había ido cayendo en un obstinado mutismo del que solo salía para gritar, cuando la situación lo requería, un estentóreo «¡Mueran los liberales!» que atraía miradas reprobadoras.

El resto de sus sentidos habían quedado reducidos a la mínima expresión: oía aceptablemente, porque debía quedarle algún residuo de tímpano, y veía. Quizás sus ojos, aquellos ojos desnudos que había visto en la biblioteca, eran todavía humanos y a su interior, al corazón azul de las pupilas, se había replegado su alma. De lo que estoy seguro es de que no tenía tacto. Una tarde de invierno, de niño, cogí con las tenazas un ascua de la chimenea y la acerqué sigilosamente a la mano enguantada del abuelo, que reposaba en el brazo del sillón. La dejé ahí largos minutos, mientras la tela del guante se consumía y asomaba al otro lado el dedo férreo, y éste se calentaba hasta volverse incandescente y prendía su huella en el estampado floral del sillón. Cuando me cansé del experimento retiré el ascua, levanté la vista: el abuelo me miraba con algo parecido a la tristeza. Tampoco, creo, podía oler.

El abuelo perdió su cuerpo en la guerra. Mi madre hablaba del asunto con un orgullo secreto: se había quedado sin la mayor parte de su padre, pero a cambio ganó algo de ajada gloria y una historia que contar. Ocurrió en 1835, durante los últimos días del asedio de Bilbao. El abuelo era capitán de una compañía de cazadores atrincherados en el santuario de Begoña. Amanecía cuando vieron aparecer, revisando las posiciones artilleras, al

general Zumalacárregui acompañado de su estado mayor al completo. El abuelo Mendieta, ferviente absolutista, fue a cuadrarse ante el héroe de la causa carlista cuando una sombra los engulló: era la flotilla de dirigibles de Espartero que iniciaba un bombardeo con gas sarquífeno sobre las posiciones en el alto de Artagán y en Begoña. Todos sacaron las máscaras antigás reglamentarias, mientras la nube venenosa los envolvía. Se dieron cuenta entonces, con horror, de que el general no llevaba la suya. No me imagino qué defecto en su instinto de auto-preservación llevó al abuelo a quitarse la máscara y encasquetársela a Zumalacárregui, que lo miraba incrédulo. No le bastó condenarse a una muerte segura, sino que, como le gustaba recalcar a mi madre, el abuelo se irguió, gallardo en su uniforme azul marino, y aspiró con fuerza el gas como último desafío a la muerte y la cordura. El sarquífeno empezó a devorar sus tejidos blandos. Sus pulmones quedaron reducidos a piltrafas tumescentes en los primeros minutos, luego el aparato digestivo, los músculos, toda su compleja estructura de carne hasta casi reducirlo al hueso.

El abuelo habría muerto enteramente de no ser por el empeño personal de Zumalacárregui, que lo entregó a sus tecnomédicos particulares con la orden de salvar aquel despojo de cualquier manera posible. Lo trasladaron a Durango para operarle lejos de los combates. Lo mantuvieron con vida, no sé cómo, durante el largo proceso de ir sustituyendo su organismo deshecho por otro mecánico: cambiaron los motores biológicos por sistemas de transmisión, por miles de relojes de arena que se volteaban periódicamente para impulsar la escasa sangre que le quedaba dentro, palancas y correas de cuero para conseguir la flexión y la extensión, la sístole y la diástole, todo animado por la sola energía del movimiento cuidadosamente atesorado, transmitido y multiplicado. Lograron el milagro. Mientras estaba convaleciente, mi

abuelo, habitando un universo de dolor y fiebre, se enteró de que aquel mismo día del ataque, apenas unas horas después del bombardeo con gas, una bala perdida había herido al general Zumalacárregui en la pierna, y que éste había muerto por una septicemia perfectamente evitable si tan solo hubiese tenido a sus tecnomédicos cerca. Al terminar la historia mi madre asentía, orgullosa de aquel heroísmo hueco, y desde su sillón el abuelo añadía, incrustándose un cilindro pregrabado en el pecho: «Por Dios, la Patria y el Rey».

Cuando se quedó sin cuerpo mi abuelo tenía veintiocho años y llevaba cinco casado con la abuela Enriqueta. Era una edad demasiado temprana para perder el tacto, el deseo. Ver regresar de la guerra a aquel maniquí, remedo del hombre que había partido, fue demasiado para mi abuela. Imagino al abuelo sentado al borde de la cama enclaustrada en doseles carmesíes, explicando a su mujer que aquella parte de él ya no volvería, que por pudor católico o simple economía de medios los tecnomédicos no habían pensado en fabricarle un miembro neumático, algún tipo de sustituto artificial para sus genitales. Quizás trató de satisfacerla de formas poco ortodoxas, envolviendo las manos metálicas en terciopelo para acariciar el cuerpo todavía sediento de la abuela Enriqueta, o intentando aprovechar de alguna manera la vibración de su maquinaria de relojería. Para él debían resultar frustrantes aquellas sesiones de manoseo sin tacto, de malear el cuerpo de su mujer como a una res extensa anónima, ni fría ni cálida, ni suave ni áspera. Ella no aguantó mucho tiempo la situación y un día, al volver de la calle, el abuelo se encontró con la carta de despedida en la cómoda de la entrada, y a mi madre, llorosa, en brazos de la criada. Desde entonces no se habló de la abuela en su presencia, y cada vez que por descuido la oía mencionar, corría a buscar

su saquito de cilindros de cera y reproducía ese de «¡Mueran los liberales!».

Quizás porque necesitaba algo que lo distrajera del abandono de Enriqueta, o porque debía buscar alguna fuente de ingresos, ya que el gobierno de Espartero había suspendido las pensiones y rangos para los carlistas facciosos, el abuelo entró a trabajar de relojero. Él no se lo tomaba como una profesión, porque eso habría ofendido su orgullo de hidalgo, sino como una afición por la que cobraba donaciones. El murmullo de minutereros y ruedecillas que llenaba su taller se confundía con el de su propio organismo mecánico. Lo cierto es que el abuelo Mendieta, desde su transformación en autómeta, había desarrollado una íntima simpatía con los relojes. Formaban una extensa y multiforme familia que lo arrullaba con su conversación interminable. Él mismo necesitaba, para vivir, que se le diese cuerda cada veinticuatro horas: en el interior de su tórax pendían tres pesas doradas, sujetas con cadenas, que iban bajando por efecto de la gravedad e imprimían el movimiento vital que se transmitía a través de cintas, giroscopios y clepsidras, hasta la última articulación del abuelo. Mi madre, desde muy pronto, me enseñó a darle cuerda al abuelo. Si las pesas llegaban al final de su recorrido sin que alguien se ocupase de volverlas a subir — debido a un imperdonable fallo de diseño, no alcanzaba a darse cuerda a sí mismo—, el abuelo se pararía. Lo recuerdo inclinado sobre la mesa de su taller, sumergido en el tic-tac enloquecedor de las decenas de relojes que esperaban arreglos o mantenía en observación. Me acercaba sigiloso a su espalda, pegaba el oído a las vértebras de latón y escuchaba al otro lado las pesas que iban bajando lentas, seguras como la muerte.

El abuelo me llevaba con él, cada miércoles, a una tertulia de veteranos absolutistas en el Café Imperial, un universo

marchito con aire de museo o castillo gótico. Allí le invitaban a una copita de orujo, que él se echaba al gaznate con cierto gesto de hastío, porque lo mismo le daba beber eso que agua de charco, todo le atravesaba verticalmente como un fantasma insípido. Formaban parte de la tertulia el padre González, un cura que había dirigido una partida de fama terrible en los montes Obarenes; el coronel Sebastián Borges, antiguo ayuda de cámara de su majestad Carlos V, que tenía una pavorosa mandíbula mecánica, sustituta de la que le arrancó un disparo de fusil magnético en la batalla de Arquijas; y el marqués de Sotopalacios, viejo aristócrata burgalés que vivía en la indigencia, acogido por una orden de monjas a la que un antepasado más afortunado había donado tierras en el Duero. El abuelo y sus amigos habitaban el Café Imperial como un Hades, envueltos en la bruma de los cigarros y el traqueteo de los camareros automáticos. A su alrededor rugían las discusiones literarias y políticas, que cada poco tiempo llevaban a algún joven enloquecido a auparse a una de las mesas y declamar el parte del último pronunciamiento militar —los de Narváez, Espartero, O`Donnell— o un largo poema romántico al modo de Espronceda.

Si había alguien a quien los maltrechos absolutistas del Imperial odiasen más que a los liberales era a los románticos: «Hombres hechos y derechos que se creen niños, despeinados, con bigotes sin encerar. Todo el día hablando de fantasmas, del demonio y de damas pálidas que más bien, se lo digo yo, son busconas. La degeneración moral, eso es el romanticismo; pensar con la entrepierna y no con la cabeza», aseveraba el coronel Borges, y asentían, replicados en los espejos del salón, Sotopalacios y el padre González. El abuelo Mendieta repicaba como un carrillón. El antimaquinismo y la exaltación de la naturaleza que profesaban los jóvenes románticos enervaban, naturalmente, a unos hombres que eran, ellos mismos,

máquinas inútiles y bellas como el ornitóptero de Da Vinci. En cuanto a mí, no podía apartar los ojos de aquellos muchachos salvajes, libres, que cantaban a gritos el amor, las orgías y la sombra de los bosques vírgenes. Por las noches, envuelto en la soledad propicia de mi dormitorio, leía a escondidas El señor de Bembibre, El estudiante de Salamanca y Las penas del joven Werther.

Creo que con las visitas a su círculo de amistades el abuelo pretendía inculcarme sus valores, basados en tres pilares que sostenían su vasta alma de reaccionario: el rito católico, la autoridad monárquica y la honra familiar. Éste último era el más importante. Cada cierto tiempo me tomaba de la mano, muy serio, y caminábamos por la casa repleta de crucifijos, vírgenes y mártires barrocos. Me guiaba a través de la intrincada historia de la familia Mendieta, resumida en sus retratos.

Así, desfilaban a nuestro lado el bisabuelo Martín Mendieta Laborde, capitán de navío, vestido con bicornio y profusión de medallas, que había muerto en Trafalgar bajo el fuego de los porta-aeronaves ingleses; el tatarabuelo Luciano Mendieta González-Mellado con peluca empolvada y casacón pardo, secretario de un virrey del Perú, junto a su hermana Patricia Mendieta González-Mellado, secuestrada por piratas berberiscos y casada con un bey de Argel; y Pablo Sancho Mendieta Mendieta, teólogo aficionado, laico de la Orden de San Juan, que posaba rodeado de libros y una pluma neumática apenas sujeta entre los dedos; seguido de Rodrigo Mendieta Reboredo y Araquistáin, que había luchado en Almansa y Villaviciosa con los austracistas y aparecía retratado junto a su prima y esposa, Isabel Clara Yserns Mendieta, que ingresó en un convento de Toledo, tras la muerte por apoplejía de su marido, y dedicó su vida a la escritura de libros de poesía mística; y Jimeno Mendieta y Aldana, envuelto en una

desmesurada gorguera, que fue un afamado maestro de esgrima, sonetista y privado del duque de Alborán en tiempos de Felipe III, muerto en un lance de espadas; y así hasta que los retratos desaparecían al penetrar en las nieblas medievales.

Al final de la galería colgaba un tapiz con el escudo de armas de los Mendieta: tres leones en campo de gules, con el lema Solo queda la honra. El abuelo se detenía allí, apoyaba su mano férrea sobre mi hombro y se agachaba a trompicones para ponerse a la altura de mis ojos. Estiraba amenazadoramente el caucho de sus labios falsos, tratando de sonreír. Esperaba mi abrazo. En aquel momento me parecía que el abuelo era uno de aquellos personajes rocambolescos de los cuadros, que abandonaba su tela para encadenarme a un pasado glorioso y vano como la batalla de Lepanto.

Mucho después, a los diecinueve años, dejé por fin la casa familiar y mi vieja ciudad de provincia. Me trasladé a Madrid a estudiar Letras a la Universidad Central, a perseguir inconfesos sueños literarios. Sentí que me liberaba del mundo inmóvil y solemne de los Mendieta. Mi madre y el abuelo fueron a despedirme a la estación en la que resoplaba, desmesurado, el tren de dos pisos rodeado por una vorágine de vapor. El abuelo había decidido vestirse para la ocasión con su uniforme de oficial carlista, atrayendo miradas burlonas. Cuando un monstruoso silbido anunció la salida del tren mi madre rompió a llorar. El abuelo se puso firmes, desenvainó su sable y saludó a la locomotora que iniciaba su marcha. Desde la ventanilla aún pude ver a un par de policías que lo cercaban, alarmados, mientras él los increpaba, sable en alto: «¡Mueran los liberales!».

Mi estancia en Madrid estuvo llena de las mismas pasiones, las mismas decepciones que han dado sentido a las vidas de tantos otros antes que yo. Frecuenté las tertulias de literatos, regodeándome en el horror que habrían sentido el padre González, el coronel Borges y Sotopalacios si me hubiesen visto imitando la locura de los románticos de mi infancia, subido a las mesas de los cafés recitando mis propios versos manidos, repetidos una y mil veces por mil y una bocas distintas. La literatura era para mí una religión: ganaba significado a medida que el mundo se llenaba de máquinas que expulsaban a los seres humanos de la vida natural. El vapor destruía o precarizaba el empleo. En el campo, los latifundistas sustituían a los jornaleros levantiscos por autómatas. El flujo de desposeídos que llegaba a las ciudades crecía, alarmante. Hasta el mercado de la prostitución se veía invadido por la competencia de ginoides y androides bellos, incansables y asépticos. En los barrios fabriles las revueltas luditas eran constantes. Los piquetes de los recién creados sindicatos hacían piras sacrificiales para los telares motorizados, los auto-secretarios, los drones de recolección. En las alturas del poder se sucedían los cambios de gobierno como un baile frívolo, mientras los utópicos planeaban un mundo futuro de falansterios y trabajo artesanal, repartían panfletos y reunían armas. Los estudiantes jugábamos a ser revolucionarios, queríamos que la vida, cada día más angustiosa, se pareciese a la literatura. De cuando en cuando llamaba a casa desde un teléfono público, pero evitaba hablar a mi madre y al abuelo de las noches en vela, de las cargas de la guardia neumática, de mi escritura. Les aseguraba que iba a misa cada domingo, que me mantenía alejado de progresistas radicales y utópicos, que no pisaba los cafés, que quería ser abogado. Cada mentira era un acto de piedad hacia mi abuelo, y a la vez una paletada de tierra que echaba sobre su recuerdo.

Un día, cuando rondaban los cuatro años desde mi partida, mi madre me dio la noticia de su muerte. Ocurrió así:

La situación del país se había deteriorado tanto que los disturbios terminaron por alcanzar mi ciudad, rica solo en tristes palacios renacentistas y conventos. Los escasos obreros de la ciudad, apoyados por los artesanos abocados a la ruina, habían organizado piquetes y merodeaban por las noches asaltando comercios automatizados y las escuálidas naves industriales de las afueras. El abuelo, dada su particular condición de ser híbrido, se convirtió en sospechoso de maquinismo y actividades deshumanizadoras. Un día, al abrir la gaceta local durante su desayuno fingido, se topó con una figura familiar en la página de humor. Un dibujante de simpatías utópicas llamado Herralde lo había caricaturizado en una postura deshonrosa, tratando, al parecer, de copular con un automóvil. Bajo la escena se leía: ¿Acaso esto es un hombre?

El abuelo Mendieta, en un acceso de locura similar al que le había llevado a aspirar el gas sarquífeno, decidió que no había otra manera de limpiar aquella afrenta al honor que retar a duelo al desgraciado dibujante. Los fantasmas decrepitos del Café Imperial, sintiendo que aquella aventura les devolvía un poco a la vida, jalearon a Mendieta y fueron todos juntos, armando un modesto escándalo, a la sede del periódico para formalizar el reto ante los atónitos periodistas. Herralde, que al principio pensó que todo aquello era una broma, fue palideciendo al comprender lo serio del asunto. El abuelo le entregó por escrito sus condiciones: el duelo sería a pistola, al atardecer. Sotopalacios y Borges, versados en las aparatosas sutilezas del honor, indicaron a Herralde que les notificase cuáles serían sus padrinos.

Esa misma tarde, en un meandro del río que hace de frontera entre la ciudad y el páramo, mi abuelo y sus padrinos esperaban al dibujante. Parecían una bandada de grajos monstruosos, vestidos con capa española y chistera. Por fin apareció Herralde, sostenido por otros dos gacetilleros. Se acordó que el duelo sería a primera sangre, sin que fuese necesario llegar a mayores, pero el compromiso no pareció tranquilizar al dibujante: cuando le presentaron el maletín con los dos pistolones magnéticos ahondados en terciopelo rojo, agarró el suyo como a un animal extraño y amenazador. El abuelo, que ya había experimentado de cerca la muerte y sabía que la bala, con toda probabilidad, rebotaría en su armazón metálico, miraba la corriente verde que pasaba a sus pies, tranquilo.

Los duelistas se colocaron espalda contra espalda. El abuelo pidió un momento y reprodujo uno de sus cilindros: «mejor honra sin barcos, que barcos sin honra». Asintieron, serios, los viejos carlistas; se miraron, confusos, los demás.

Se dio la señal. Los dos hombres dieron los pasos preceptivos, se giraron a la vez. Sonó el disparo de Herralde. Durante un momento todos quedaron paralizados, y entonces Sotopalacios gritó, señalando al abuelo Mendieta: un reguero de sangre le manaba del costado. Se acercó una mano a la herida imposible, miró, maravillado, la gota roja que pendía de su dedo. Se derrumbó a la vez que Herralde caía desmayado. La bala, como una burla divina a la probabilidad, había ido a dar contra una de sus recónditas partes humanas.

Los padrinos corrieron a buscar un tecnomédico, pero cuando llegaron el abuelo ya estaba muerto. En sus momentos finales había revuelto con desesperación su saquito de cilindros, buscando unas últimas palabras que

no llegó a encontrar nunca. Se fue en silencio, un dieciocho de septiembre de 1868.

Mi madre me contó, indignada, que cuando iban camino del cementerio con el ataúd, una turba de luditas les cerró el paso. «El señor Mendieta era una máquina, no un hombre», dijeron, «sería el insulto final de la técnica a la naturaleza que empezásemos a enterrar a los objetos como si fuesen seres vivos». Se les trató de explicar que Mendieta todavía estaba vivo, que su esencia seguía siendo humana; les enseñaron fotografías, pruebas de que había sido un hombre como los demás. Mi madre les suplicó: «¡Yo soy su hija! ¿Desde cuándo tienen hijos, las máquinas?», sin resultado. El jefe de los luditas, harto, se adelantó: «Si no se lo llevan ahora mismo lo arrojamos a la próxima pira. Ustedes verán».

Yo no pude estar allí, y ni siquiera conseguiría salir de Madrid hasta meses después. Mi abuelo había elegido un día profético para morir: el diecinueve de septiembre se produjeron disturbios en la capital. La multitud asaltó varias casas del barrio de Salamanca para destrozar a los mayordomos automáticos. El gobernador militar envió a la guardia neumática, hubo disparos, murieron varios amotinados. En Cádiz, el almirante Topete sublevó a la flota y lanzó un manifiesto que terminaba con la famosa frase: «¡Viva la España Natural!». En Cataluña, en las ciudades mineras de Asturias y la Mancha, Andalucía y Murcia, la gente se apoderaba de los ayuntamientos y declaraba la república naturista y utópica. Se produjo un verdadero genocidio de autómatas que algún día, si queda alguien a quien le importe, deberá ser investigado. La reina Isabel, agotada e incapaz, huyó a Francia; detrás dejó al general Pavía y los batallones mecanizados, los únicos leales, para que arreglase el desaguizado.

Pasé semanas enteras encerrado en mi habitación de la pensión Miramar, en la calle del Arenal. Cerca quedaba la Puerta del Sol y podía escuchar las explosiones, el constante rataleo de las ametralladoras. Aquella no era la revolución literaria que yo había imaginado, no había música, no había masas cantando en armonía ni banderas limpias, nuevas. Todo era sangre, sangre, sangre. Un amigo de la facultad vino a verme un día. Él si había estado en las barricadas, y cuando entró en la habitación con la ropa rasgada, heridas en la cara y los brazos, su mirada fue elocuente: pensaba que yo era un cobarde. Me dijo que la situación estaba mal, que en los barrios fabriles se había lanzado gas sarquífeno —¿alumbraría la revolución una nueva generación de seres híbridos como mi abuelo?—, y que Cartagena, declarada cantón independiente, había sido borrada del mapa por una bomba nova, pero a pesar de todo el gobierno provisional estaba en las últimas. Había perdido la batalla decisiva en el puente de Alcolea. Los militares utópicos avanzaban desde el sur. Pavía ni siquiera podía decir que controlase la capital. Mi amigo me sugirió, sin ocultar su desprecio, que si no tenía estómago para lo que estaba por venir lo mejor que podía hacer era volver a mi casa. Esa misma tarde pagué mi cuenta en la pensión y salí de Madrid.

**FIN**

